

¿Recordaremos siempre a los muertos?

JUAN LUIS DE LEÓN AZCÁRATE
PROFESOR DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO

Además de la honra de la memoria, les debemos a las víctimas el compromiso de que no se volverá a repetir una situación de humillación e insolidaridad como la que tuvieron que padecer

Estos días son fechas propicias para recordar a nuestros difuntos. Nuestra cultura occidental, a diferencia de otras muchas culturas, no rinde culto a sus antepasados. El culto a los antepasados es una forma de hacerlos presentes entre los vivos y de crear cohesión social. Vivos y muertos forman una comunidad. Nuestra cultura ha perdido este sentido social de los antepasados. Apenas nos acordamos de ellos. Únicamente de aquellos con los que tuvimos alguna relación.

La muerte nos afecta no sólo como un hecho bruto biológico (la máquina del cuerpo que se agota y deja de funcionar) sino como acontecimiento personal, biográfico (soy yo el que muere). Con ella se pone fin a una biografía personal, pero también afecta a las personas que compartieron esa biografía. Cuando muere alguien próximo, algo de él muere en sus allegados y más cuanto más íntima y personal fuera la relación. Precisamente porque es algo biográfico, la forma de morir no es indiferente. Lo natural es morir anciano, cuando la máquina corporal ha dejado de funcionar. En estos casos resulta más fácil asumir la pérdida del ser querido.

Pero cuando la muerte se produce de forma accidental, prematuramente (ver morir a un hijo «no es natural») o como consecuencia de la violencia, la pérdida del ser querido se hace todavía más dolorosa. Requiere en ocasiones, además de ayuda médica para sobrellevarla, de un relato sobre la misma que permita explicarla, razonarla de una manera que no haga a los familiares sentirse culpables («Si yo hubiera actuado de otra manera...»); «Si hubiera estado allí, quizá no hubiera pasado...»).

Por eso, y permítaseme entrar ahora en nuestra realidad socio-política, resulta terrible para las víctimas de ETA que ésta en su último comunicado en el que anuncia «el cese definitivo de su actividad armada» no aluda a ellas ni haga ningún reconocimiento, por tenue que sea, del dolor que ha provocado. Su relato autorreivindicativo es de total olvido y desprecio a sus víctimas. Éstas no importan. No existen. Si de verdad la historia de terror de ETA llega a su fin (a mi entender, el comunicado, si bien es-



JOSE IBARROLA

peranzador, no excluye la posibilidad de que ETA pueda ejercer la violencia en un futuro cuando se sienta fuerte y lo creyera conveniente), lo será en parte porque la sociedad española, y particularmente la vasca, ha sido capaz de relatar la historia verdadera, y muy compleja, de cómo ha sido afectada por el terrorismo nacionalista de ETA durante décadas. Y, especialmente, de relatar cómo ETA ha hundido la vida de miles de ciudadanos que, en muchos casos, han experimentado, además, la insolidaridad de una gran parte de la sociedad y de algunas instituciones acobardadas cuando no cómplices, las cuales, a su vez, fueron creando su propio relato sobre las víctimas («Algo habrán hecho...»); «Quién les manda meterse en política...»).

Únicamente un relato verdadero, auténtico, en el que las víctimas

sean reconocidas y los victimarios claramente identificados, puede ayudar a los familiares de las víctimas a sobrellevar en parte su gran dolor y a no sentirse estafadas ni por la Historia ni por la sociedad que tantas veces les dio la espalda. Quizá cuando las víctimas, y también los victimarios en lo que sería un ejercicio de autocritica, se reconozcan en ese relato, pueda empezar a fraguarse una verdadera reconciliación, tarea todavía mucho más ardua y compleja pero en la que no debemos exigir a las víctimas nada más que lo que ya han ido demostrando en circunstancias muy difíciles: respeto a la democracia y rechazo de todo deseo de venganza. El generoso perdón que puedan ofrecer deberá ser totalmente personal y libre, nunca exigido.

Evitemos que se cumpla en las víctimas de ETA el triste presagio anunciado, hacia el año 600 a. C., por la poetisa griega Safo con estas bellas pero desesperanzadas palabras: «Cuando mueras, descansarás: ni un solo recuerdo guardarán de ti futuras generaciones, pues no tienes parte en las rosas de Pieria. E ignorada hasta en la casa de Hades, solamente con sombras invisibles tratarás cuando de aquí hayas al fin volado».

Les debemos a las víctimas no sólo la honra de la memoria. También el compromiso de que no se volverá a repetir una situación de humillación e insolidaridad como la que, en muchas ocasiones, tuvieron que padecer.

ANTÓN

